

Monseñor Romero, 25 años después de su asesinato

José Manuel Tojeira

El 25 aniversario del asesinato de Mons. Romero en El Salvador revela, en muchos aspectos, la situación de la fe cristiana en Centroamérica y su relación con la propia realidad. Desde hace algunos años se viene observando un descenso del catolicismo en la región y un aumento de los grupos evangélicos, y en particular, de los más conservadores. En El Salvador se habla, aproximadamente, de un 60% de personas que se declaran católicas frente a un 25% evangélico y un 15% que, aunque acepta de algún modo su cristianismo, se considera ajeno a cualquier iglesia. En Guatemala la situación tiende a ser más grave, y en el resto de Centroamérica, con algunas diferencias, se observa una tendencia semejante.

Las respuestas de la Iglesia Católica han sido diversas, y en general los movimientos laicales, y la participación de los mismos en la evangelización, ha tendido a ser el camino de respuesta. Sin embargo, a penas se habla de una dimensión importante, que es la capacidad movilizadora de lo que hoy podríamos considerar la herencia de la teología de la liberación y de las personas que de algún modo la encarnaron con su modo de vivir.

En efecto, aunque hoy se repite, aun dentro de la Iglesia, que la teología de la liberación, en cuanto tal, ya ha pasado de moda, es una realidad muerta, etc., lo cierto es que una buena parte de su pensa-

miento se ha enraizado en la propia religiosidad de nuestros pueblos. Incluso, me atrevo a decir, ha tenido una repercusión importante en el lenguaje oficial de la Iglesia. Mons. Romero, y su reciente aniversario, es una prueba de lo que decimos. Aunque Mons. Romero ha tenido y sigue teniendo un fuerte impacto en toda América Latina, en este comentario nos fijaremos más en la repercusión en El Salvador.

recordar al salvadoreño más universal se ha convertido en un símbolo de la capacidad de mantener la esperanza para el pueblo de El Salvador

Las celebraciones

Este vigésimo quinto aniversario del obispo mártir se celebró con una Misa multitudinaria al aire libre y una procesión posterior hasta el parque central de San Salvador, donde estaban congregadas en torno a las cincuenta mil personas.

Por primera vez en este cuarto de siglo los medios de comunicación de mayor tirada dieron alguna que otra noticia sobre el significado pa-

ra el país y para la Iglesia de Mons. Romero, en los días previos a la celebración. Y a los diversos actos acudieron un buen número de obispos y un cardenal. El otro cardenal, Óscar Rodríguez, anuló su viaje para presidir la Misa principal de la celebración, a causa de que ésta coincidió con el fallecimiento de Juan Pablo II. Pero envió su homilía que leyó el Nuncio Apostólico.

Esta actividad final fue precedida por diversas actividades. Un Congreso de teología de la liberación, en el que participaron figuras clásicas de dicha teología, como Gustavo Gutiérrez, Jon Sobrino o Joseph Comblin, congregó a un número aproximado de 1.500 personas, entre ellas varios obispos, en la Universidad Centroamericana, UCA. Previamente se había desarrollado una campaña de concientización sobre la figura de Mons. Romero que implicó una serie de charlas en diversas partes del país. Ante auditorios que oscilaban entre 200 y 500 personas, generalmente líderes parroquiales de una vicaría o conjunto de parroquias, se recordaba al obispo salvadoreño en sus diversas dimensiones de pastor, profeta y mártir. Se recordaba su palabra, y su mensaje se aplicaba al presente, especialmente en referencia a la realidad nacional.

En un país donde oficialmente la pobreza ronda en torno al 50% de la población, donde la diferencia del ingreso entre el 20% más rico de la población y el 20% más pobre es de 22 a 1, donde el derecho a la jubilación lo tienen únicamente el 20% de los trabajadores, y donde existe un doble servicio de salud pública, el seguro social, que atiende al 20% de la población y el sistema del Ministerio de Salud, que atiende al 80% (y que gastan aproximadamente lo mismo en salud curativa), las palabras de Monseñor Romero sobre la idolatría de la riqueza, y su consiguiente condena, seguían sonando con la misma actualidad que hace 25 años, aunque el contexto sea muy diferente.

La opción por la paz y la defensa de los débiles y las víctimas, cuando tenemos un índice de homicidios de 50 por cada cien mil habitantes al año, conservan su capacidad generadora de esperanza.

La idolatría de la organización, referida en Mons. Romero a los excesos de las organizaciones populares, se lee ahora de otra manera, cuando un buen número de instituciones políticas y del Estado buscan primero su provecho, o el de las personas que están al frente, y después, o nunca, el provecho de otros. El asumir la voz de quienes

no tienen voz, en un país donde los grandes medios controlan y restringen la libertad de expresión, permanece como reto no sólo para clérigos y autoridades eclesiales, sino para cualquier tipo de líder religioso local que quiera presentar el evangelio en toda su dimensión solidaria.

Según encuestas de opinión reciente, más del 50% de los salvadoreños, si pudieran, emigrarían a un país con mayores índices de desarrollo. De hecho el propio Gobierno calcula que casi un 25% de nuestros connacionales viven hoy fuera de El Salvador.

De nuevo frente a esa realidad, el recordar al que podemos llamar el salvadoreño más universal, que dio su vida por los demás permaneciendo en el país, se convertía, en estos días preparatorios del aniversario, en un símbolo de la capacidad de mantener la esperanza, y proporcionaba un aumento de confianza en que El Salvador puede transformarse en un país diferente, con mayor justicia social, con un desarrollo en el que los pobres puedan salir de su pobreza. Se convertía también en una especie de desahogo para todos aquellos que habían sufrido la pérdida de seres queridos durante la guerra civil de 11 años, y han tenido que padecer el absoluto olvido y me-

nosprecio de las víctimas del pasado de parte de los sucesivos gobiernos de ARENA, e incluso de parte del liderazgo de los partidos de centro e izquierda.

Sólo para poner un ejemplo, en 1980 se llevó a cabo, en medio de un operativo de tierra arrasada, la mayor masacre, la del Mozote, realizada en El Salvador. Murieron en esa acción del Ejército en torno a mil campesinos, según la Comisión de la Verdad, que investigó graves crímenes contra los Derechos Humanos. En un solo lugar se colocó a 132 niños con una edad promedio de 6 años y se les ejecutó. Sus frágiles esqueletos fueron identificados después por un grupo de forenses norteamericanos y argentinos trabajando para la Comisión de la Verdad.

A los 25 años de la masacre, el Ejército continúa poniendo el nombre del comandante del batallón que la llevó a cabo a algunas de sus dependencias. Y no sólo los representantes del Estado no han pedido perdón en nombre del mismo, o hecho algo para dar una cierta reparación moral a las víctimas, sino que ni siquiera los representantes del FMLN, que durante la guerra hablaban de la masacre para conseguir solidaridad y dinero en el primer mundo, se hicieron presentes en la conmemoración del aniversario de la masacre.

Mons. Romero, en muchos aspectos, se ha convertido en el personaje vicario de la victimización en El Salvador. Dándole reparación a él, haciéndole vencer, en el recuerdo, sobre sus asesinos y verdugos, la gente siente que se devuelve también la dignidad y la victoria sobre sus verdugos a sus seres queridos que fueron víctimas de la barbarie.

Un pastor universal

Pero no sólo a los salvadoreños les da vida y esperanza la figura de Mons. Romero. De alguna manera, sin él, no se podría entender del todo la figura del obispo frente a los retos actuales que proponía Juan Pablo II en el año 2003. En efecto, en su exhortación apostólica «Pastores gregis», n° 66 y siguientes, el Papa recién fallecido presentaba una imagen de obispo frente a «la guerra de los poderosos contra los débiles», que no hubiera podido ser descrita con las mismas palabras si no hubieran existido obispos como Hélder Cámara, Leónidas Proaño, y los asesinados por la justicia Angeleli, Romero o, más recientemente en Guatemala, Gerardi.

El Papa pide que en ese contexto de confrontación, «guerra», el obispo sea «profeta de justicia»,

hombre «afianzado en el radicalismo evangélico», caracterizado «por la parresía» (libertad de palabra), «defensor de los derechos del hombre». Lo define en medio de las injusticias como «defensor y padre de los pobres», que «asume la defensa de los débiles, haciéndose la voz de quien no tiene voz para hacer valer sus derechos».

Cuando de Mons. Romero se decía que era voz de los sin voz, profeta de justicia o padre de los pobres, no eran demasiadas las voces que insistían en que este obispo era un ejemplo para toda la Iglesia. En la actualidad el Papa utilizó las mismas palabras que usaron en su momento personas e instituciones que fueron tachadas de excesivamente liberacionistas, para definir ahora el deber ser del obispo trabajando en contexto de conflicto social. Un triunfo del espíritu, sin duda, pero también un triunfo de la persistencia de un pueblo, el latinoamericano, salvadoreño y de otros países e iglesias, empeñado en recordar al pastor que dio su vida por ellos.

Lo cierto es que un modo de vivir la fe mucho más encarnado y con dimensión social se ha hecho historia ya en los pueblos latinoamericanos. Es cierto que continúan creciendo algunas iglesias carismáticas y desencarnadas, y que

también en la Iglesia católica se encuentran movimientos excesivamente espiritualistas o ritualistas. Pero es también evidente que el modo de relacionar realidad y Evangelio de la teología de la liberación, llamando a la responsabilidad social, a la transformación de estructuras injustas, y a la lucha pacífica contra la exclusión y la injusticia, se ha ido convirtiendo en

*el aniversario de Romero
nos dice que el avance
hacia la humanización
lo impulsan las víctimas*

visión propia, asimilada y transmitida a otros, de un buen porcentaje de nuestro pueblo. Y no tanto por obra y gracia de los teólogos, sino por figuras como la de Romero, que han sabido encarnar el compromiso liberador en medio de sus pueblos.

De hecho podría hacerse un paralelismo entre la asunción del profetismo de Romero como paradigmático en la exhortación apostólica que hemos mencionado, y la incorporación al pensamiento eclesial de gran número de laicos, de principios básicos de la teología de la liberación. De nuevo Mons. Romero encarna un modo de vivir esa teología, liberada de los defectos teóricos que les acha-

can a algunos de sus autores, que se vuelve universalmente ejemplar.

Una pista para entender la historia

Pero más allá de la pervivencia o no de la teología de la liberación, podemos constatar que el aniversario de Mons. Romero nos muestra una visión de la historia que difícilmente se hubiera difundido en nuestros pueblos sin su presencia, su palabra y su testimonio.

La historia, nos suele decir un cierto tipo de racionalidad miope, la escriben los vencedores; las víctimas al final sólo cuentan en beneficio de los sobrevivientes. Es decir, la víctimas sirven en la medida en que avisan a los vivos de lo que puede pasar, y los animan a tomar medidas para que la historia no se repita.

Acostumbrados a múltiples golpes de Estado, guerras civiles, represión, cultura de violencia que lleva a pensar incluso que la muerte masiva del contrario resuelve problemas sociales, lo lógico es que nuestros pueblos se enraizaran en esa interpretación de la historia como sucesión de hechos en la que los

más fuertes, normalmente también los más violentos, acaban ganando.

Frente a ese modo de pensar, el aniversario de Romero nos dice algo muy distinto. Y es que lo profundo de la historia, el avance hacia la humanización, lo impulsan las víctimas, y de un modo especial las que llamaríamos víctimas que aportan un plus a la realidad. Toda víctima ilumina la realidad y nos dice algo sobre la misma. Pero aquellos o aquellas que conscientes de los peligros arriesgan su vida especialmente en favor de que otros, o sobre todo las grandes mayorías, tengan vida y la tengan en abundancia, construyen, incluso después de su sacrificio, una historia diferente. Afirmar que sólo los vivos construyen historia es demasiado ramplón. Y en el caso de Romero, la prolongación en la historia de su palabra, de su figura y de su ejemplo, nos dice que está profundamente activo en la realidad salvadoreña y de alguna manera en la realidad eclesial latinoamericana. Es ciertamente una prueba, y también un motivo de esperanza de cambio para nuestros pueblos, el hecho de que los muertos con espíritu siguen interviniendo en la historia y pudiendo por transformarla.

Una forma de intervenir en la historia

Pocas son las ambiciones hondas de transformar la realidad sociopolítica salvadoreña que no se inspiran de una u otra forma en Romero. Cuando Ellacuría afirmaba que «con Mons. Romero pasó Dios por El Salvador», no se limitaba a expresar una frase poética. Sino más bien a decir una verdad que trasciende en el tiempo y en las relaciones sociales de nuestros pueblos.

Mons. Romero sigue siendo un testigo de la historia presente de América Latina que llama a la reflexión, que impulsa a lo que llamaríamos racionalidad compasiva, que se convierte en acicate en favor de los derechos de la solidaridad, tan olvidados especialmente en nuestro mundo latinoamericano, tan golpeado por el neoliberalismo. La historia reciente, en efecto, ha llevado a convertir a la región con mayor proporción de católicos en el mundo, en el subcontinente con mayor desigualdad en el ingreso económico.

Figuras como la de Romero nos siguen advirtiendo de la contradicción entre fe cristiana y desigualdad económica creciente, y continúan despertando el deseo de construir una sociedad diferente,

con mayor solidaridad y atención preferente al problema de la pobreza.

Cae por los suelos en este aniversario el enjuiciamiento de obispo politizado que con frecuencia recayó sobre Mons. Romero. En medio de las terribles confrontaciones y polarización social en la que vivió, Mons. Romero destacó permanentemente por su amor a la vida y su pacifismo radical. Sus reflexiones sobre la violencia, en las que pretende demostrar que tiene mayor fuerza el dejarse sacrificar pacíficamente desde la palabra y desde la verdad, que las armas del ejército o las estrategias de la guerrilla, no dejan lugar a dudas.

El promotor de la causa de beatificación de Romero, Mons. Vincenzo Paglia, que visitó El Salvador con motivo del aniversario, nos informaba que la homilias y escritos del obispo mártir habían sido revisadas durante aproximadamente 5 años en la Congregación de la Fe para comprobar que su doctrina estaba apegada al pensamiento de la Iglesia. Y añadía que el entonces cardenal Ratzinger le había confirmado, poco antes de la muerte de Juan Pablo II, que no había nada en los escritos del obispo salvadoreño que se opusiera a la doctrina católica. Un nuevo reconocimiento de que el pensamiento en tiempo

de crisis que desarrolló Romero estaba plenamente enmarcado en la inspiración y radicalidad evangélica.

Un testigo aceptado por las Iglesias

Un último aspecto de este aniversario, y en general del recuerdo de Mons. Romero, es su dimensión

*el entonces cardenal
Ratzinger confirmó
que no había nada
en los escritos de
monseñor Romero
que se opusiera a la
doctrina católica*

ecuménica. Es cierto que especialmente las sectas fundamentalistas, excesivamente centradas en la salvación individual, el desahogo personal y la solidaridad excluyente, no han visto con buenos ojos a Romero, como no ven bien a nadie que hable mínimamente de diálogo, solidaridad o transformación de la realidad en base a valores evangélicos. Pero otra es la realidad en las que llamamos iglesias históricas.

Ya desde hace algunos años la catedral de Westminster tiene en su

fachada una imagen de nuestro obispo mártir, junto a otras personalidades del siglo XX, consideradas por los anglicanos verdaderos mártires. Martin Luther King, Dietrich Bonhoefer y otros representantes de diversas denominaciones cristianas acompañan al mártir salvadoreño. En el XXV aniversario de su muerte estuvieron presentes obispos luteranos y anglicanos, representantes de diversas Iglesias, así como representantes de federaciones de Iglesias a nivel latinoamericano. Más allá de las diferencias, la radicalidad evangélica de Romero persiste diciendo algo a todos los que seguimos al Señor Jesús, más allá de nuestras diferencias. Romero es en ese sentido fuente de comunión.

En una carta apostólica, en la que Juan Pablo II celebraba la llegada al tercer milenio del cristianismo, hacía una referencia breve a casos como el que comentamos: «El ecumenismo de los santos, de los mártires, es tal vez el más convincente». Cuando estos mártires, además, dan su vida en un proceso de defensa de los Derechos Humanos básicos, se potencia aquel ecumenismo del que ya nos hablaba el Concilio Vaticano II, insistiendo en que «la colaboración en el campo de lo social» era indispensable para el desarrollo de un recto ecumenismo. Especialmente en los países

donde es necesario buscar «remedios contra las desgracias de nuestra época, como son el hambre y las calamidades, el analfabetismo y la miseria, la escasez de viviendas y la injusta distribución de los bienes» (UR 12).

Que Romero está vivo en la conciencia de nuestros pueblos es evidente. Pero este XXV aniversario sirvió, de un modo especial para demostrarlo, y para transmitir a las generaciones más jóvenes, que viven en un contexto histórico muy diferente, pero siempre dramático, una vida, un pensamiento y un testimonio que sigue siendo inquietante y que continúa actualizándose en las diferentes formas de construir una sociedad más humana y luchar hoy contra cualquier forma de exclusión.

Los impactos culturales son siempre lentos y de largo plazo. Mons. Romero forma parte ya, y de un modo destacado, de esa historia vital de nuestros pueblos en la que los valores religiosos tradicionales se convierten en fuente de profecía, esperanza y primera realización de justicia, al ponerse en contacto con el sufrimiento de nuestra gente.

Aunque el impacto de sus tres últimos años al frente de la diócesis de San Salvador fue impresionante, no hay duda de que su figura sigue ejerciendo un poderoso atractivo sobre una gran parte de nuestra población y contribuye decisivamente a la profundización de la vida cristiana y al desarrollo de una nueva cultura solidaria y democrática, mucho más acorde con las necesidades y cambios que nuestra propia realidad necesita. ■